

El día del padre

Día menos afortunado que el de la madre, el del padre también tiene repercusiones. Por ello, y como ya es costumbre en esta revista, el poeta Dionicio Morales ha hecho una selección de los más bellos poemas dedicados al padre. Como en el primer caso, los padres no siempre encontraron devoción y admiración en los hijos, a veces se dieron voces resonantes. En general, los poetas también encontraron razones, buenas y malas, para cantarles a sus padres. Dionicio Morales, uno de los mejores poetas de México y un hombre que ha renovado el periodismo cultural, ha explorado libros, revistas y periódicos en la búsqueda de textos sobre la madre y el padre; tiene por publicar sendos libros: uno, con los versos dedicados a la madre y otro más, con los hechos al padre. Es un trabajo único. Ahora, en el mes que se festeja a los padres, publicamos una pequeña muestra de esa poesía.

El Búho

## *Antología poética Selección de Dionicio Morales*

Octavio Paz<sup>1</sup>

HELENA PAZ

Las flores de té flotan en nuestras tazas  
Tus ojos  
astillas de todos los mares  
me miran.

En los panes dorados  
se funde la mantequilla.

El timbre de Harrods  
llama  
para separarnos.

Disueltos  
en una repentina bruma helada  
de lágrimas  
que surge bruscamente de todos los rincones.  
Londres, 1983

# *Para la memoria histórica*

(Archivo coleccionable)

Padre, poder<sup>2</sup>

JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

A Octavio Paz y a la memoria de Pasolini

Un tiempo creí que mi padre era el poder.  
Cuánto le odiaba mi corazón de niño  
por el pan, por la casa, por su paciencia,  
por sus amantes,  
por el odio revuelto de lujuria  
que le dividía de mi madre;  
pero sobre todo cómo le odiaba  
por su certidumbre, por el peso  
de cada su palabra, por el gesto  
definitivo de su mano robusta, por el desprecio  
de su sonrisa difícil.

A veces, yo corriendo, él en bicicleta  
le miraba alejarse, pie izquierdo pie  
derecho  
triunfando sobre el empedrado,  
en perfecto equilibrio  
de intenciones y fines  
y yo quedaba cierto que él era el poder.

Más tarde, preocupado por lo que yo creía política  
pensé que el poder era mi casa y que el Presidente, pie izquierdo pie derecho, en perfecto equilibrio de reales medios y ficticios fines,  
era nuestro padre, glorioso ciclista que se iba, mientras nosotros, yo, quedábamos atrás, jadeantes, en el polvo del fútil idealismo.

Cuánto le odié, entonces, al Presidente, por el pan,  
por la sal, por sus amantes,  
por la paciente injusticia con que podía matarnos en aras de nuestro propio bien.

Cuántos años maduros quemé clamando en poemas, artículos, acres vituperios, por una más limpia convivencia con el dador de la vida, el principio del verbo, el pilar de la casa, Él.

Hoy, mi padre tiene ochenta y cinco años y casi ciego va por entre los muebles, las manos por delante,  
arrastrando los pies con pasitos de títere, los pantalones, los mismos de hace treinta años, flojos, como de pulchinela, en torno a las zancas raquíticas, y ya no más seguro, ni vencedor, antes bien temeroso de la muerte que le hará tropezar con un palo de escoba,  
cuando voy a verle ahora dice ¡hijo, qué bueno que llegaste, anoche soñé que vendrías!  
y me explora la cara con sus dedos de guante.

Y yo me conmuevo porque

ya estoy en la edad que él tenía en ese entonces, y porque hace ya mucho tiempo le perdono como espero que un día me perdonen mis hijos cuando ellos descubran, a su vez, que no soy que no he sido el poder.

Porque el poder es ese pétreo mascarón que resurge cada seis años siempre igual a sí mismo, siempre reiterativo, ambiguo, obtuso, laberíntico, siempre equivocado e incapaz, que para eso es el poder, de enmendar y aprender, y nada es posible perdonarle, como tampoco hay nada por qué odiarle.

No le habitamos. Nos habita como un mal innecesario, o como un vicio del espíritu; es nuestra larva, nuestro parásito, nos horada como a carne, nos acosa como a cuadrúpedos, reprochándonos, mientras nos desgarras, que seamos ingratos, impacientes, hostiles: esta bala, nos dice, me duele más en el pensamiento que a ti en los sesos.

No lo vivamos más, pacientes, como pasión, sino como un problema de virtud. Neguémosle el prestigio que atribuye a sus propias hazañas, echémosle de la conciencia

como a una mala hierba, pensemos  
que la historia, la de verdad, es la mía  
o la tuya, la de nuestra muerte,  
y no esos embustes con que  
él traza su legitimidad;  
probemos que la república podría  
ser la revulsión o el entusiasmo  
con que leíste estas líneas,  
y no, para acabar, todo eso que no seguirá  
siendo,  
oh, el revés de ese amor, de ese perdón tardío,  
ese silencio entre  
mi padre, yo, mis hijos, los hijos de mis hijos,  
y este país, mi fiebre, mi pesadilla,  
mi crimen cotidiano, mi  
estupidez.  
1979

Retorno de electra<sup>3</sup>

ENRIQUETA OCHOA

## I

Para poderte hablar,  
así, de frente,  
tuve que echarme toda una vida  
a llorar sobre tus huesos.  
Tuve que desandar lo caminado  
desnudando la piel de mi conciencia.  
Para poderte hablar  
tuve que volver a llenarme de aire  
los pulmones.  
Y cuidar de que no se me encogieran las palabras,  
el corazón, los ojos,  
porque aún se me deshacen de agua  
si te nombro.  
Ya me creció la voz, padre, patriarca,  
viejo de barba azul y ojos de plomo;  
ya te puedo contar lo que ha pasado

desde que tú te fuiste.  
Con tu muerte se quebrantaron todos los cimientos;  
no me atreví a buscar,  
porque no habría  
un roble con tu sombra y tu medida  
que me cubriera de la lлага de sol en mi verano.  
Uní la sangre que me diste a otra sangre;  
malherida,  
borré la sombra del sexo entre los hombres  
y me quedé vacía, a la intemperie...  
Y no pude decir,  
hasta que se hizo carne de mi carne el amor,  
lo que era hallar la propia sombra, entregándose.  
Después, quise ubicarte en mí, te pesé,  
te ultrajé, te lloré, medí tus actos;  
di vuelta atrás,  
y volví a caminar lo desandado;  
por eso puedo hablarte ahora, así,  
porque entendí tu medida de gigante.

## II

No podemos hacer nada con un muerto, padre,  
se suda sangre,  
se retuerce el aullido, tirado sobre las tumbas,  
en un charco de culpa.  
Padre, yo soy Pedro y Santiago,  
el sable que doblado de sueño  
castró su espíritu en tu oración del huerto.  
Yo soy el viscoso miedo de Pedro  
que se escurrió en la sombra  
a la hora de tus merecimientos.  
Soy el martillo cayendo sobre tus clavos;  
el aire que no asistió al pulmón en agonía  
soy la que no compartió  
el dolor anticipado que se encerró a devorarse;  
la hendidura irresponsable,  
la desbandada de apóstoles...  
Soy este pozo de noche en que se hunde la conciencia.

Di, ¿qué se hace con un muerto, padre?  
 Di cómo lavo estas llagas,  
 si todo queda inscrito en el tiempo  
 y todo tiempo es memoria.

III

Colgábamos de ti  
 como del racimo la uva.  
 Cuando la muerte  
 reblandeció el cogollo de tu fuerza,  
 presentimos el vértigo de altura y la caída.  
 Uno a uno,  
 en relación directa a la pesantez de tu esencia,  
 descendimos.  
 Bajo anónimas pisadas me vi saltar la pulpa,  
 sorprendida.  
 Y no era orgía de vendimia,  
 ni enervación de culto;  
 fue ser la sangre a la sed de todos los caminos;  
 dejar la piel desprendida  
 entre un enjambre de alambradas.  
 Ahora,  
 para afirmar la talla  
 con que tu amor me hizo,  
 sólo queda una espina;  
 la palabra.

IV

Perdón, hermanos,  
 porque no alcanzo a verlos,  
 ahogada como estoy en mi hoyo  
 de pequeñas miserias.  
 ¡Mentira que deseo morir!,  
 antes quisiera conocerlos  
 sin mi lente deforme,  
 quizá los amaría tanto,  
 o más de lo que estoy amando  
 a mi lastre de lágrimas  
 en este viaje de niebla.

V

Padre,  
 no puedo amar a nadie,  
 a nada que no sea este fuego  
 de sucia conmiseración  
 en que se consume mi lengua.  
 Quiero otro aire,  
 otro paisaje que no sean los muros de mi cuerpo.  
 Emparedada, desconozco el resplandor del centro  
 y la desnudez de la periferia.  
 Voy a abrir brecha hacia los dos caminos  
 y quizá quede atrás  
 la trampa de la vieja noria.

1976

Huellas de familia<sup>4</sup>

El Padre

MARCELA DEL RÍO

Cuando Casona dijo que los árboles mueren de pie  
 debió saber que mi padre fue un árbol.  
 La voz recia, de actor en el Tenorio  
 de Juez en la Tribuna  
 resonaba en ecos de montaña sagrada.

No juzgó al delincuente con la vara del Santo  
 ni condenó con sentencia de Infierno  
 al Santo que cayó en tentación.  
 Bajo de su corteza endurecida  
 su savia bien sabía que todo delincuente  
 es un acusador  
 que oculto y en silencio  
 atisba  
 tras el azogue del espejo  
 esperando  
 como el tigre feroz  
 el momento crucial para el fatal ataque

de su sombría venganza.  
Los nutrientes de la tierra  
maduraron los sueños de sus raíces seductoras.  
Sus ramas sedientas  
arañaron el viento en busca de horizontes.  
Pinos, arces y robles fueron sólo remedos  
de su fronda sedosa y espinuda.

Poseyó el hipnótico poder de la conquista:  
El sombrero de lado, el bastón en el puño,  
una flor en la mano  
y en la voz un escudo.

Mi madre, al fin mujer,  
cayó en su red de mariposas.  
Pasión epistolar elevada al cuadrado  
por el ángulo cruel de la distancia.  
Se sellaron los lacres  
bajo el fuego pendular de la caricia.  
Y pasados los años del verano  
los frutos se volvieron espinas,  
llanto ajeno la savia  
y pesadilla aquel sueño jovial de sus raíces.

Al fin hombre, fue infiel a todas sus mujeres  
y al fin hombre, a ellas les dedicó la vida.

Cuando llegó el momento crucial de su quebranto  
no fue un tigre feroz  
ni un leñador con hacha enfebrecida  
quien atacó su mortal clorofila,  
fue un látigo de luz desnudo de ternezas  
un dolor como puñal de hielo  
relámpago hecho infierno  
el que incendió la pira cancerosa.

Sus ramas seductoras  
las raíces trenzadas de sus sueños  
su tronco de árbol recio  
dejaron plantadas en el viento  
huellas de humo y ofrendas de ceniza.

Poemas pasiegos<sup>5</sup>

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

## I

Mi padre interrogaba a la mañana.  
Observaba las nubes, sentía el viento  
y cruzaba los brazos, presintiendo  
la muerte de la lluvia.

A mi padre le gusta lo que crece.  
Detenidos al borde del camino,  
me señalaba el campo, los maizales  
con su casco emplumado, cabeceaba  
y, de repente, al filo de la tarde,  
las voces de la tierra repetían  
el cuento sin palabras de la infancia.

Hay que ver la alegría con que mi padre  
anuncia que vendrá buena cosecha.  
Esta tierra no es suya y no le importa.  
Se regocija con el bien ajeno,  
se le ilumina el rostro cuando mira  
que la espiga se abre, el gozo es suyo  
cuando pasa la ubre generosa  
de la vaca preñada. Lo recuerdo,  
a la hora de la ordeña, presenciando  
los actos del milagro. Veo en sus manos  
membrillos prodigiosos, verduras,  
mazorcas tiernas, transparentes frutos.  
Le gusta lo que crece, está enraizado.  
Cuando tomo su mano me figuro  
que en sus venas hay savia.

Padre mío, me enseñaste,  
 con muy pocas palabras, la manera  
 de presentir la lluvia, tú sabes  
 que lo oscuro tiene una luz.  
 Tú sabes verla. ¿Para qué explicarla?  
 Todo en la tierra es parte de un milagro.

186

NORMA BAZÚA

Cuando murió mi padre  
 no tuve palabras a la mano  
 para llorarlo.

Sólo después  
 mucho después  
 cuando quise contar las minucias  
 de una infancia graneada en su ternura  
 se me derramaron las lágrimas

Eran tantos...  
 No tuve palabras a la mano  
 para detener el llanto.

Para arrancar tierra con el tiempo<sup>7</sup>

ÓSCAR OLIVA

Atravesando el pueblo, llego hasta mi antigua casa. Mi  
 padre dormita en su hamaca, recién bañado, oliendo a  
 agua de colonia. No quiero despertarlo, porque podría  
 ocurrir que se levantara muchos años atrás y entonces  
 no estaría yo y habría un Tuxtla distinto.

-Parece que no tuviera sueños, sino que tuviera monta-  
 ñas, -digo.

-¿Quién eres?, -me pregunta.

Frente a todos nos tomamos una copa, comiendo queso  
 de Rayón, camarón seco de Juchitán y carne de iguana

traída de Chicomuselo.

Le digo:

-Para que me conozcas te enumeraré los árboles que  
 una vez me regalaste del huerto de la casa: pues yo, que  
 era niño, te seguía y te los iba pidiendo uno tras otro; y,  
 al pasar entre ellos, me los mostrabas y me decías su  
 nombre. Fueron cinco mangos, siete jocotes y cuatro  
 papausas.

-¡Cómo pasan los años! -dice él. Las venas de las manos  
 le palpitan. "Parecen águilas", pienso. Caminamos por el  
 corredor de la casa.

-Qué abandonada está, -comento.

-Pero esta no es la casa, me dice como buscando otra  
 casa.

Entramos en un cuarto.

-Ahí naciste, señala. Abrimos cuartos y más cuartos sin  
 encontrar la casa. En la cocina hay luz. Vamos a la cocina.

-Aurora, murmura mi padre y se le llenan los ojos de  
 lágrimas.

"No puede ser mi madre", pienso yo, pero no digo nada.  
 Mi madre nos pregunta:

-¿Tienen hambre? Ya pronto va a estar la comida.

Llega hasta nosotros y nos abraza. Seguimos buscando.

Aquí estaba el tanque de agua. Allá los rosales, el limo-  
 nero, la palma de dátil, la granada; allá estaba el corral  
 de las gallinas y más allá, en el traspatio, la troje donde  
 se almacenaba el maíz que traían de Suchiapa y donde  
 era el criadero de culebras ratoneras y de tlacuaches.

-¿Nos tomamos otra copa?, le pregunto.

-Sí, dice él.

-Para luego ya dormirme.

-Anoche soñé a tu madre. Recién muerta no la soñaba; y  
 yo le digo: "Bueno, sí, hasta mañana, ya es tarde".

-Ya es hora, sí, hasta mañana, me dice él. Su bastón y un  
 libro reposan en la butaca de cuero. Desde el sueño me  
 llama: "¡De prisa, hijo!", y agita su sombrero. Cierro la

puerta de su cuarto.  
Abro la puerta de mi casa.

Viendo partir las horas al lado de mi padre<sup>8</sup>

ELVA MACÍAS

La habitación del mundo es un espejo  
adonde vuelvas ahí está  
¿qué esperas?  
el reloj gira  
sus engranes no fallan.  
Alguien lleva la cuenta de lo que se ha perdido  
y tú recuerdas  
lo que hace setenta años no padeciste.  
Al día de hoy lo llamaremos tela de araña:  
tomamos café  
aunque no vengan las visitas que esperabas  
aunque la franja azul que vislumbras  
no sea la del horizonte  
y la cortina oculte un murmullo:  
Di, recia cicatriz,  
a qué llamamos ahora,  
¿a diana?  
¿a bastimento?

Ciudad gallina gris<sup>9</sup>

MARIÁNGELES COMESAÑA

A mi padre;  
gallegazo de mi alma

En mi ciudad  
donde la sarna corre por los postes  
y los árboles han perdido  
su lenguaje de pájaros  
he aprendido  
a latir sin tregua  
nazco en cada pupila  
de su mañana abierta  
voy cayendo en sus horas  
como en una atarraya de rincones

hasta quedar inserta  
en el vivero amargo  
de su noche  
Ciudad Gallina Gris  
por los mercados viejos  
me encuentro con tu voz  
y me voy caminando  
por las últimas gotas  
de tus charcos  
de palabra en palabra  
no sé lo que me has dicho  
viejo muro de asfalto  
déjame que me suba  
como la enredadera  
no sé lo que me has dicho  
juguetito de palo  
más chingón que la tierra  
déjame irme al infierno  
en tu caballo  
y aunque las ratas miren  
y me burlen  
desde la alcantarilla  
no sé lo que me has dicho  
fiera inválida  
agua de las sorpresas

en mi ciudad he soñado  
y he despertado atada  
con el viento en las manos  
y con el viento he ido  
al centro de mí misma  
a romper la piñata del miedo  
y del silencio  
a despertar mis huesos  
mi sexo  
mis delicias  
a salir como un grito  
anudado en pasión  
que busca su palabra

me recargo en tus hombros  
 callejuela borracha  
 y me marchó de aquí  
     a las palmeras  
 y me marchó a los árboles  
     a compartir su muerte  
 y me subo de noche  
     con las alas del sueño  
 a tender mi pasión en la azotea

vivo y hago recuerdos  
     debajo de la luna  
 ahogo mi terror en una carcajada  
 y caigo en tu aguacero de luces  
     ciudad  
 huérfana  
     desnuda de sentidos  
 para llorar contigo  
 y enmudecer de rabia  
 aunque no sepas nunca  
 huerta estéril  
 infierno  
 casa de los fantasmas.

Nada<sup>10</sup>

ERNESTO TREJO

A mi padre

Ayer fue domingo. Tu nieto  
 observó tus pies y encontró  
 el eclipse que avanzó durante años  
 y cruzó todas tus uñas. Descubrió  
 un callo, lo martilló con su dedo  
 hasta que se aburrió.  
 Más tarde te vestiste  
 mientras mamá dormía  
 y saliste  
 en la oscuridad

con el perro ligeramente adelante  
 de ti. No se te reveló nada,  
 no se te dio nada, nada  
 para tus pies cansados o lo demás...  
 Una a una  
 las estrellas se fueron hundiendo  
 en la pátina del nuevo día.

Pienso en mi padre<sup>11</sup>

EUSEBIO RUVALCABA

Pienso en mi padre. Tuvo  
 un error: yo.  
 Lo estoy viendo: penetrando  
 a mi madre, depositando  
 su leche tibia, viniéndose como  
 un perro, eyaculando como una fuente.  
 De esa noche nació yo. Seguramente  
 tenía cervezas y tequila bulléndole  
 en la sangre, su verga enhiesta  
 y la energía de un león. Seguramente  
 sus músculos estaban tensos  
 y exhumaba palabras de amor, prevenientes  
 desde las cavernas más profundas,  
 y palabras tiernas y le diría a mi madre:  
 eres una puta, Carmela, eso eres.  
 Pienso en mi padre. 🐾

<sup>1</sup> Suplemento cultural de Excelsior, El Búho, Num. 218, del 12 de noviembre de 1989.

<sup>2</sup> La Experiencia, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

<sup>3</sup> Retorno de Electra, SEP, Lecturas Mexicanas, México, 1987.

<sup>4</sup> Revista Universo de El Búho, Núm. 73, abril 2006.

<sup>5</sup> Las peregrinaciones del deseo (Poesía 1956-1986), Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

<sup>6</sup> Boceto para un palabrario, Difocur Sinaloa, 1989.

<sup>7</sup> Trabajo ilegal, Ediciones Papeles Privados, México, 1994.

<sup>8</sup> República de Poetas, Martín Casillas-ISSSTE, México, 1985.

<sup>9</sup> Donde conversan los amigos, Ediciones de la Revista Punto de partida, UNAM, México, 1962.

<sup>10</sup> El día entre las hojas, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

<sup>11</sup> Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos, Cuadernos de Praxis/Dos Filos, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 1994.